Cómo puedes conocer a Dios de verdad según la biblia

Conocer a Jesús: un encuentro con la misericordia, el perdón y el amor de Dios

Conocer a Jesús para conocer el corazón del Padre

Conocer verdaderamente a Jesús es conocer a Dios Padre. Esta es la idea central de una reflexión compartida en solidariatv.com, con la participación de Carlos Rage, en la que se profundiza en la identidad de Jesucristo, el Mesías y el significado de su relación con Dios. Los términos Cristo y Mesías tienen el mismo significado: ambos hacen referencia al ungido de Dios para cumplir un propósito específico, aunque uno procede del griego y el otro del hebreo.

Jesús afirmó que quien lo ha visto a Él ha visto al Padre. Dios se revela a través de su Palabra, y Jesús es el Verbo hecho carne. Por eso, para conocer el corazón de Dios es necesario observar detenidamente al Jesús que presentan las Escrituras, su manera de actuar, sus palabras y, especialmente, su forma de relacionarse con las personas.

Uno de los relatos que permite comprender profundamente esta realidad se encuentra en el primer capítulo del Evangelio de Marcos. A través del encuentro entre Jesús y un hombre leproso, podemos descubrir cómo es el corazón de Dios hacia quienes se sienten rechazados, indignos o demasiado alejados

para acercarse a Él.

El encuentro de Jesús con el leproso: una lección de misericordia

En Marcos 1:40 encontramos a un hombre leproso que se acerca a Jesús, se arrodilla delante de Él y le hace una petición que refleja una profunda incertidumbre: «Si quieres, puedes limpiarme».

Para comprender la dimensión de este encuentro, es necesario recordar cómo era considerada la lepra en el siglo I. La situación de quienes padecían esta enfermedad era muy diferente a la realidad actual. Los leprosos eran vistos como personas contaminadas y pecadoras, por lo que debían vivir apartados de la sociedad. Su aislamiento era tan extremo que, en ocasiones, habitaban en cuevas fuera de las ciudades y recibían alimentos que otras personas les proporcionaban desde la distancia.

Además de las consecuencias físicas de la enfermedad, sufrían un profundo rechazo social y religioso. Eran considerados personas malditas y debían apartarse cuando se cruzaban con alguien por la calle. Los sacerdotes tenían la responsabilidad de determinar su condición y establecer si podían ser considerados limpios.

En ese contexto, la petición del hombre a Jesús adquiere un significado especial. Su expresión «si quieres» revela que no estaba seguro de ser recibido. Después de tantos años de aislamiento, probablemente había perdido la confianza en la posibilidad de que alguien quisiera acercarse a él.

Sin embargo, Jesús reaccionó de una manera completamente diferente a la que aquel hombre estaba acostumbrado. Tuvo misericordia, extendió su mano, lo tocó y respondió: «Quiero,

sé limpio».

Jesús no solamente tenía poder para sanarlo, sino también la disposición de acercarse a alguien a quien toda la sociedad rechazaba. Su respuesta revela que la misericordia de Dios no se encuentra limitada por las condiciones personales, el pasado o la reputación de quienes necesitan ayuda.

Cómo acercarse a Dios cuando uno se siente indigno

Muchas personas viven con la sensación de que sus errores, pecados o experiencias pasadas las hacen indignas de acercarse a Dios. Algunas llegan incluso a pensar que han cometido faltas que nunca podrán ser perdonadas. Como consecuencia, se alejan de la iglesia, evitan buscar al Señor y permanecen atrapadas en sentimientos de culpa y condenación.

La historia del leproso demuestra que la misericordia de Dios no depende de los méritos personales. No podemos ganarnos su bondad mediante nuestras acciones, porque la misericordia es un regalo que procede de su propia naturaleza.

La comparación con los padres terrenales ayuda a comprender esta verdad. Si los padres saben dar buenos regalos a sus hijos, cuánto más el Padre celestial estará dispuesto a mostrar su bondad a quienes se acercan a Él.

Por eso, no debemos pensar que necesitamos alcanzar una condición perfecta antes de buscar a Dios. El leproso no esperó a estar limpio para acercarse a Jesús. Se presentó ante Él con su necesidad, y fue la misericordia de Cristo la que transformó su situación.

Comprender esta realidad permite dejar atrás la idea de que el perdón divino es una recompensa que solamente reciben quienes han conseguido demostrar suficiente merecimiento. Dios es amplio en misericordia y recibe a quien se acerca con un

corazón dispuesto a buscarlo.

Por qué debemos evitar la autocompasión

La autocompasión puede convertirse en un obstáculo para acercarse a Dios. Se manifiesta mediante pensamientos como «pobre de mí», «no merezco el perdón» o «después de lo que hice, ya no puedo acercarme a la iglesia».

Esta actitud mantiene a las personas enfocadas en sus errores y en su propia indignidad, hasta el punto de hacerles creer que no existe posibilidad de restauración. La reflexión identifica esta mentalidad como una mentira que termina alejando al ser humano del Padre.

Es importante comprender que el corazón de Dios está dispuesto a recibir al pecador que se acerca a Él. Esto no significa justificar una vida de pecado deliberada ni ignorar la necesidad de arrepentimiento. Significa reconocer que, cuando una persona reconoce sus errores y desea volver al Señor, no debe permitir que la condenación le impida buscar su misericordia.

La Biblia también enseña cómo debemos actuar cuando encontramos a un hermano que ha caído. Las personas espirituales tienen la responsabilidad de restaurarlo, no de condenarlo. La disciplina puede formar parte de ese proceso, pero su propósito debe ser recuperar a la persona y reflejar el corazón de Dios.

La restauración debe realizarse con mansedumbre y teniendo presente que cualquiera puede encontrarse en una situación en la que necesite recibir ayuda. La ley del amor nos invita a tratar a los demás de la misma manera en que nos gustaría ser tratados si atravesáramos una circunstancia difícil.

Restaurar al que ha caído con el corazón de Dios

Cuando alguien comete un error, la reacción de quienes lo rodean puede determinar si encuentra un camino de restauración o si termina hundiéndose todavía más en la culpa. Por eso, la disciplina espiritual nunca debe convertirse en una simple expresión de castigo o condenación.

Quienes tienen responsabilidad espiritual deben recordar que su misión no consiste en satisfacer las expectativas de una comisión eclesiástica, sino en actuar de acuerdo con el corazón del Padre. La mansedumbre, el amor y la consideración hacia la debilidad humana deben estar presentes en todo proceso de restauración.

Jesús demostró continuamente su disposición a acercarse a los marginados, abandonados y rechazados. Su ejemplo nos recuerda que nadie debería ser tratado como un caso perdido cuando existe un deseo sincero de volver a Dios.

Santiago 4:8 contiene una promesa fundamental: «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros». Esta invitación nos anima a dar el primer paso, confiando en que el Señor responderá a nuestra búsqueda.

En el encuentro con el leproso encontramos una respuesta que supera cualquier expectativa humana. Mientras aquel hombre solamente se atrevía a decir «si quieres», Jesús respondió con claridad: «Quiero, sé limpio». Dios no solamente conoce nuestras necesidades, sino que puede responder de una manera mucho más amplia y profunda de lo que alcanzamos a comprender.

¿Dios quiere sanarte y perdonarte?

Una de las preguntas que muchas personas se hacen es si Dios realmente quiere sanarlas, ayudarlas y transformar sus vidas.

La respuesta que presenta esta reflexión es que el corazón del Padre está dispuesto a limpiar, ayudar a progresar y acompañar al ser humano en las diferentes áreas de su existencia.

La enfermedad y el sufrimiento pueden tener distintas circunstancias y propósitos. Se mencionan situaciones en las que determinadas enfermedades pueden estar relacionadas con pecados ocultos o maldiciones, así como el caso del apóstol Pablo y su aguijón en la carne, que cumplía una función de limitación y recordatorio para mantenerlo dependiente de Dios.

Sin embargo, estas situaciones particulares no deben hacer olvidar la disposición misericordiosa del Señor. El relato del leproso demuestra que Jesús quiso sanarlo y lo hizo inmediatamente cuando se acercó a Él.

La reflexión también invita a examinar la actitud con la que nos presentamos delante de Dios. La duda constante puede impedirnos experimentar plenamente la confianza que Él desea despertar en sus hijos. En lugar de permanecer atrapados en la incertidumbre, debemos aprender a descansar en lo que la Palabra revela acerca de su carácter.

Qué enseña Santiago sobre la duda y la madurez espiritual

Santiago 4 presenta una exhortación a acercarse a Dios, limpiar las manos y purificar el corazón. También hace referencia a las personas de doble ánimo, cuya inconstancia las lleva a fluctuar continuamente entre la confianza y la duda.

La imagen utilizada para describir esta condición es la de una ola del mar que se mueve constantemente. Una persona que vive dominada por la incertidumbre puede experimentar grandes dificultades para mantenerse firme en su fe.

La madurez espiritual implica avanzar progresivamente hacia

una confianza más estable en Dios. No parece razonable que alguien que lleva muchos años caminando con el Señor mantenga exactamente las mismas fluctuaciones que una persona que acaba de comenzar su vida de fe.

Esto no significa que el creyente nunca atraviese momentos de debilidad. La vida cristiana es un proceso constante de crecimiento y perfeccionamiento. Sin embargo, la fe debe ejercitarse y desarrollarse, porque es un don de Dios que no debe permanecer inactivo.

Aprender a confiar en el carácter del Padre es fundamental para superar las dudas que nos impiden acercarnos a Él.

Jesús comprende tu dolor y tus debilidades

Hebreos 4:14 presenta a Jesús como el gran sumo sacerdote que ha traspasado los cielos y nos invita a mantener firme nuestra profesión de fe. Esta enseñanza permite comprender que no estamos delante de un Dios indiferente a nuestras experiencias, sino de alguien que conoce profundamente las dificultades humanas.

En ocasiones, la autocompasión y la victimización aparecen cuando sentimos que nadie comprende nuestro dolor. Podemos pensar que ni nuestros familiares, amigos o incluso nuestros pastores son capaces de entender lo que estamos atravesando.

Sin embargo, los líderes espirituales también son seres humanos y pueden equivocarse. La Biblia muestra el ejemplo de Elí, quien no comprendió el sufrimiento de Ana y llegó a pensar equivocadamente que estaba ebria cuando ella oraba con profunda angustia.

Este episodio recuerda que ningún pastor es infalible. Puede haber momentos en los que una persona reciba un consejo que no esperaba o una respuesta que no coincida con sus emociones y

expectativas. Incluso una orientación práctica puede interpretarse como falta de comprensión cuando alguien está atravesando una situación dolorosa.

Pero, aunque las personas pueden fallar en su capacidad de comprendernos, Jesús nunca pierde la capacidad de compadecerse de nuestras debilidades.

Su comprensión tiene una razón fundamental: se hizo hombre y experimentó las realidades propias de la condición humana. Conoció el abandono, la traición, el hambre, la sed, el dolor y las tentaciones. Fue tentado en todo, de manera semejante a nosotros, pero sin pecado.

Por eso, Jesús puede comprender nuestras luchas desde una experiencia real. No necesitamos convencerlo de que nuestro dolor existe ni demostrarle la profundidad de nuestras dificultades. Él conoce nuestras debilidades y puede ofrecernos misericordia y ayuda.

Cómo acercarse con confianza al trono de la gracia

Hebreos 4:16 contiene una de las invitaciones más importantes para quienes necesitan recuperar la confianza en Dios: acercarse con confianza al trono de la gracia para alcanzar misericordia y encontrar el oportuno socorro.

No se necesita una fe extraordinariamente grande para dar ese paso. La Biblia compara la fe con un grano de mostaza, una semilla extremadamente pequeña. Lo importante es que esa fe, aunque parezca insignificante, se ponga en ejercicio.

Acercarse a Dios también puede compararse con la actitud de un animal que ha sido maltratado y que, por sus experiencias anteriores, reacciona con miedo y desconfianza. Aunque necesita ayuda, puede mostrarse a la defensiva porque ha aprendido a esperar el rechazo.

De manera semejante, algunas personas se acercan al Señor con temor debido a sus experiencias pasadas, sus errores o las heridas que han recibido. Sin embargo, al encontrarse con el amor de Dios, descubren que su gracia no depende de sus propios méritos, sino de la bondad del Padre revelada a través de Jesús.

Es importante conservar la capacidad de conmovernos ante ese amor, tanto hacia nosotros mismos como hacia los demás. No importa cuánto tiempo llevemos caminando en la fe, siempre debemos mantener un corazón sensible a la misericordia divina.

El socorro que Dios ofrece es oportuno porque llega como la ayuda necesaria en el momento en que realmente se necesita. Por eso, no debemos permitir que los sentimientos de condenación, desobediencia o alejamiento espiritual nos impidan acudir al trono de la gracia.

¿Rechaza Jesús al pecador que se arrepiente?

Una de las promesas más consoladoras de las Escrituras es que Jesús no rechaza a quien se acerca a Él. El Señor afirma que todo lo que el Padre le entrega vendrá a Él y que no echará fuera a quien acuda a su presencia.

Esta promesa contrasta con algunas reacciones humanas. En ocasiones, las personas juzgan a quienes solamente buscan ayuda cuando ya no encuentran otra alternativa. Pueden interpretar ese acercamiento como un acto interesado o como una búsqueda motivada únicamente por la necesidad.

Sin embargo, el corazón del Padre es diferente. Aunque alguien haya tardado en regresar, haya cometido errores o se haya alejado durante mucho tiempo, Jesús mantiene abierta la invitación a acercarse.

La parábola del hijo pródigo permite comprender de manera

extraordinaria esta actitud. A través de la reacción del padre ante el regreso de su hijo, Jesús revela cómo es el corazón de Dios hacia quien reconoce sus errores y decide volver.

La parábola del hijo pródigo revela el corazón del Padre

El hijo pródigo desperdició su herencia, abandonó su hogar y terminó arruinando su vida. Cuando decidió regresar, lo hizo consciente de sus errores y dispuesto a reconocer que ya no merecía ocupar el lugar que había tenido como hijo.

Sin embargo, su padre no lo recibió con reproches ni le recordó todo el daño que había causado. Al verlo de lejos, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó.

La actitud del padre también lo protegió de la vergüenza pública. En aquella cultura existía una tradición conocida como quesasá, mediante la cual una persona que había perdido su herencia y su lugar en la comunidad podía ser objeto de una humillación pública.

En lugar de permitir que su hijo fuera tratado como un extraño, el padre ordenó que lo bañaran, le cambiaran la ropa y le pusieran vestiduras nuevas. También le entregó un anillo, símbolo de autoridad y pertenencia familiar.

El padre no aceptó que su hijo regresara simplemente como un jornalero. Lo recibió nuevamente como parte de su familia y restauró su posición.

Esta historia revela que Dios no está esperando una oportunidad para humillar a quien regresa arrepentido. Su deseo es restaurar, recuperar y evitar que las personas se pierdan.

La parábola de la oveja perdida transmite el mismo mensaje. El pastor deja a las noventa y nueve ovejas para buscar aquella

que se ha extraviado, demostrando el valor que tiene cada vida delante de Dios.

La relación con el Señor tampoco debe convertirse en algo que solamente buscamos cuando aparecen los problemas, como si fuera un paraguas que utilizamos únicamente cuando llueve. Dios desea una relación constante, una búsqueda diaria que forme parte de todos los momentos de nuestra vida.

Por qué Jesús compartía la mesa con los pecadores

En Marcos 2 encontramos otro episodio que permite comprender la manera en que Jesús se relacionaba con quienes eran rechazados por la sociedad. El relato presenta el encuentro con Leví, hijo de Alfeo, quien trabajaba como recaudador de impuestos.

En el siglo I, los publicanos eran personas profundamente despreciadas por la población. Recaudaban tributos para el gobierno romano y eran considerados colaboradores de un poder extranjero. Además, muchos se aprovechaban de su posición para cobrar cantidades superiores a las establecidas y quedarse con el excedente.

Jesús conocía perfectamente la reputación de Leví cuando lo llamó para que lo siguiera. No se trató de una decisión basada en el desconocimiento de su pasado o de su ocupación.

Después de aceptar la invitación, Leví organizó una comida en su casa a la que asistieron Jesús, sus discípulos y otros publicanos y pecadores. Aquellas personas compartían habitualmente su tiempo entre ellas porque el resto de la sociedad las rechazaba.

Cuando los escribas y fariseos vieron a Jesús sentado a la mesa con ese grupo, cuestionaron su comportamiento. No podían comprender que alguien considerado maestro religioso

compartiera su tiempo con personas de semejante reputación.

La respuesta de Jesús fue contundente: los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Él había venido a llamar a los pecadores y no a los justos.

Esta enseñanza invita a reflexionar sobre las actitudes que pueden aparecer dentro de las propias iglesias. Existe el riesgo de construir círculos cerrados en los que las personas se relacionan únicamente con quienes consideran espiritualmente aceptables, mientras mantienen distancia de quienes necesitan conocer el amor de Dios.

La participación en reuniones, comidas y actividades eclesiásticas debe estar acompañada de un amor genuino. No basta con mantener una apariencia de santidad si evitamos relacionarnos con quienes necesitan ayuda, orientación y restauración.

Jesús dedicó su tiempo, sus fuerzas y su atención a personas que se encontraban fuera de los círculos religiosos tradicionales. Su ejemplo nos recuerda que la misión de acercar a las personas a Dios requiere salir de nuestra comodidad y mostrar misericordia.

Cómo Jesús transformó la vida de Zaqueo

La historia de Zaqueo, relatada en el Evangelio de Lucas, capítulo 19, ofrece otro ejemplo de cómo un encuentro con Jesús puede transformar completamente una vida.

Zaqueo era un hombre rico y jefe de los publicanos. Su posición implicaba una gran responsabilidad dentro del sistema de recaudación de impuestos, pero también estaba asociada con prácticas de corrupción y abuso económico.

Cuando Jesús pasó por Jericó, Zaqueo tenía un gran deseo de

verlo. Sin embargo, su baja estatura y la multitud le impedían conseguirlo. Por esa razón, corrió delante de la gente y subió a un árbol sicómoro por donde Jesús debía pasar.

Al llegar al lugar, Jesús levantó la mirada, lo vio y le pidió que descendiera rápidamente porque era necesario que se hospedara en su casa.

Zaqueo bajó inmediatamente y recibió a Jesús con alegría. La reacción de la multitud fue de murmuración, porque consideraban inaceptable que Jesús entrara en la casa de un hombre conocido por su corrupción.

Sin embargo, aquel encuentro produjo una transformación profunda. Zaqueo se puso en pie y declaró que entregaría la mitad de sus bienes a los pobres y devolvería cuadruplicado cualquier cantidad que hubiera obtenido mediante fraude.

Su respuesta demuestra que el encuentro con Jesús no se limita a producir una emoción momentánea. Cuando una persona reconoce verdaderamente sus errores y experimenta la misericordia de Dios, también comienza a manifestar cambios concretos en su manera de vivir.

Jesús declaró que la salvación había llegado a aquella casa y afirmó que el Hijo del Hombre había venido a buscar y salvar lo que se había perdido.

El caso de Zaqueo demuestra que Jesús no hace acepción de personas. Su amor alcanza incluso a quienes tienen una reputación profundamente negativa y han construido su vida sobre decisiones equivocadas.

Jesús vino a buscar y salvar lo que se había perdido

Los encuentros con el leproso, Leví, Zaqueo y el hijo pródigo tienen un mensaje común: Dios desea restaurar a quienes se

encuentran alejados.

Jesús no se limitó a enseñar desde la distancia. Se acercó a las personas, compartió su mesa, escuchó sus necesidades y les ofreció una oportunidad de transformación.

La restauración es una expresión central del corazón del Padre. Su deseo no es que las personas permanezcan atrapadas en su pasado, sino que encuentren un camino de regreso a Él.

Esto no significa que los errores carezcan de consecuencias ni que el arrepentimiento sea innecesario. Al contrario, las historias bíblicas muestran que el encuentro con Jesús produce una respuesta en el corazón humano. Zaqueo cambió su relación con el dinero, el hijo pródigo reconoció sus errores y el leproso se acercó buscando limpieza.

La misericordia de Dios no invita a permanecer en la misma condición, sino que abre la puerta a una vida nueva.

Cómo abrirle tu corazón a Jesús hoy

En Apocalipsis encontramos la imagen de Jesús llamando a la puerta y ofreciendo entrar para compartir una relación íntima con quien le abra. Esta invitación muestra que es posible experimentar una cercanía con el Señor semejante a la que vivieron personajes como Zaqueo, Leví y el hombre leproso.

Abrir el corazón a Jesús significa permitirle entrar en nuestra vida, reconocer nuestras necesidades y confiar en su amor. No importa cuánto tiempo haya pasado, cuántos errores se hayan cometido o cuántas veces hayamos sentido que no somos dignos de acercarnos.

La experiencia humana puede estar llena de decepciones y expectativas incumplidas, pero la invitación de Jesús es diferente. Él no rechaza a quien se acerca sinceramente y su misericordia supera aquello que muchas veces somos capaces de imaginar.

Conocer cada día más al Señor implica descubrir su carácter, comprender su Palabra y aprender a vivir de acuerdo con su ejemplo. Jesús vino para restaurar, santificar e integrar a las personas al reino de los cielos.

La gran enseñanza de estos relatos es que nunca debemos permitir que la culpa, la vergüenza o el sentimiento de indignidad nos alejen de Dios. El mismo Jesús que tocó al leproso, llamó a Leví, recibió a Zaqueo y contó la historia del padre que abrazó al hijo pródigo continúa revelando el corazón misericordioso del Padre.

Por eso, la invitación permanece vigente: acércate a Dios, confía en su gracia y abre tu corazón a Jesús. Él vino a buscar lo que se había perdido, ofrecer misericordia y restaurar la vida de quienes deciden acercarse a Él.